



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIII	San Salvador, C. A., Noviembre de 1958	Número 132
----------	--	---------------

SU SANTIDAD PIO XII

+ 9 de Octubre 1958

Inesperadamente corrió la noticia que Su Santidad estaba de nuevo gravemente enfermo. Todo el mundo siguió ansiosamente el curso de la breve enfermedad y recibió entristecido la noticia de su muerte.

Cuando hace dos años tratábamos de dibujar su semblanza en su 80 aniversario (ECA) 1956, 641), le deseábamos con la Iglesia, que el Señor nos lo conservara todavía por mucho tiempo.

Casi otros tres años de intenso e ininterrumpido trabajo han acabado con la vida de uno de los Papas más grandes de la Historia y sin duda el más conocido y visitado, en sus diecinueve largos años de Pontificado.

Eugenio Pacelli, hijo del abogado Felipe Pacelli y de la ilustre dama Virginia Graziosi, vió la luz de este mundo en uno de los cuarteles más típicos de Roma, el 2 de Marzo de 1876; terminada la Primaria estudió la Secundaria, de 1891 a 1894, en el Gimnasio Ennio Quirino Visconti, con mención honorífica. Este año ingresó en el Colegio Capranica para comenzar su carrera eclesiástica, que continuó en la Universidad Gregoriana y terminó en el Pontificio Seminario Apolinar, doctorado en Teología y en ambos derechos, el eclesiástico y civil, con la calificación de "magna cum laude" e. d. con gran alabanza.

Recibió el sacerdocio el 2 de abril de 1899 y dijo su Primera Misa al día siguiente en la capilla Borguese de Santa María la Mayor. En seguida entró al servicio de la Santa Sede en la Secretaría de Estado, en la sección de Negocios Extraordinarios, de la que fue nombrado por San Pío X Subsecretario (1911) y después Secretario (1914), bajo las órdenes del Cardenal Gasparri, cuyo colaborador fue en la preparación del Derecho Canónico.

En Junio de 1911 formó parte de la misión enviada a Londres por San Pío X para la coronación de Jorge V y todavía en plena guerra mundial fue nombrado Nuncio en Baviera por Su Santidad Benedicto XV y consagrado por él mismo, el 13 de Mayo de 1917, el mismo día en que se anunciaba la aparición de la Virgen en Fátima. Desde el año 1920 hasta el 1925, a la Nunciatura de Baviera se le agregó la de Berlín que conservó hasta 1929. Quien antes de 1914 había preparado ya el Concordato con Serbia (1914), ahora concertó los de Baviera (1925) y Prusia (1929). Durante la guerra desarrolló una delicada misión en pro de la paz y del alivio de los sufrimientos en Alemania y tuvo ocasión de mostrar su temple de alma ante los espartakistas de Munich (1919) que fueron a buscarle y él detuvo con sola su presencia.

Nombrado Cardenal por S. S. Pío XI, el 16 de Diciembre de 1929, fue llamado a suceder al Card. Gasparri en la Secretaría de Estado, en la que sirvió al enérgico pontífice durante nueve años de poderosa ayuda en todos los asuntos eclesiásticos, en los concordatos con Baden, Austria, Yugoslavia, el acuerdo con Rumanía y el Concordato con el Reich (1933), en la aplicación del Italiano y en la lucha contra el nazismo.

En este tiempo fue enviado como Legado al Congreso Internacional Eucarístico de Buenos Aires (1934), a las fiestas Jubilares de la Redención de Lourdes (1935) a la consagración de la basílica de Sta. Teresita en Liseux (1937), al XXXIX Congreso Eucarístico Internacional de Budapest (1938), como si el Papa, que le guardaba grandísima estima, lo fuera presentando al mundo para sucesor suyo.

Efectivamente, muerto Pío XI, el 10 de febrero de 1939 y abierto el Cónclave el 1º de Marzo de 1939, fue elegido al día siguiente, 2 de Marzo, aniversario de su cumpleaños, escogiendo el nombre de Pío XII, en memoria e imitación de los dos Pontífices que le habían precedido con el mismo nombre.

Entre tanto en la inmensa multitud que llenaba la plaza de San Pedro en espera del anuncio del nombramiento, no corría otro nombre que el de Eugenio Pacelli, como si antes de los cardenales hubiese el pueblo elegido a su candidato.

Tales esperanzas no quedaron frustradas, antes, podemos repetir que fueron sobrepasadas por la multiforme actividad desplegada por el nuevo Pontífice, cuyo distintivo parece haber sido la universalidad en la unidad de todo el conjunto presidido por la persona humana que viene de Dios y hay que dirigir a Dios. Característica muy conforme con el blasón por él elegido, según su apellido y las circunstancias de su elección al Pontificado: una paloma con el ramito de olivo en columna estriada, erguida sobre el mar. Porque "la paz —dice S. Agustín— es la tranquilidad del orden" y a su vez "el orden es la disposición de lo múltiple en referencia a lo uno", a Dios en último término.

En un mundo revuelto por la más grande y destructiva de las guerras, ante una postguerra de una paz precaria continuamente amenazada, en un incesante trasiego de inmensas multitudes, de planes y de ideas, con la irrupción de nuevas técnicas preñadas de destrucción como de inauditas facilidades de vida, la Divina Providencia nos regaló en su Vicario al guía clarividente, sereno y firme, al Pastor solícito, al Padre universal que habla y abraza a la humanidad entera, al sacerdote santo que ora y se mortifica por su pueblo.

Imposible pretender abarcar en breves líneas la polifacética acción del Papa Pío XII, cuando siempre quedaría algo por decir, después de gruesos volúmenes dedicados a su estudio.

Maestro de la verdad en sus 41 Encíclicas y más de 2.000 discursos y exhortaciones, ha definido el dogma de la Asunción de la Sma. Virgen en alma y cuerpo al cielo, denunciado errores doctrinales y prácticos, puntualizado verdades religiosas, políticas y sociales, orientado a toda clase de personas, recogiendo de todas partes, como una antena sensibilísima, las voces del tiempo en cualesquiera campo que

despuntaran, y haciendo llegar la palabra precisa y la solución concreta y práctica a la variada problemática de nuestro siglo.

Para ello ha echado mano de todos los medios a su alcance, la palabra y el escrito, la radio y la televisión y ninguno ha quedado excluido. Se ha dirigido lo mismo a los sabios eclesiásticos que a los seglares, a los cultivadores de las ciencias naturales como a los de las sociales y políticas, a hombres maduros y a niños, a jefes de estados y a pastores y barrenderos, indicándoles el camino de su elevación moral en el cumplimiento de los deberes de su propio estado. Con razón se le ha llamado "el poeta del amor conyugal", cuyos deberes declara sin reticencias, al mismo tiempo que en su palabra noble y sencilla se refleja su solicitud de padre y de pontífice ante el mundo femenino tan complejo e inquietante hoy, como nunca en otros tiempos. Y si también se le ha apellidado el "capellán del mundo", todos estos títulos vienen comprendidos con más significación y altura en el de su oficio de Vicario de Jesucristo.

Auténtico promotor de la paz sobre la verdad y la justicia, Pío XII desde su misma elevación al pontificado hizo todo lo posible por apartar del mundo la terrible catástrofe que se echaba encima, recordando a los responsables que "la justicia se abre camino con la fuerza de la razón y no con la de las armas" y "que la política emancipada de la moral traiciona a los mismos que así lo quieren. Nada se pierde con la paz mientras que todo se puede perder con la guerra". Una vez terminado el pavoroso conflicto vuelve otra vez a levantar su voz proponiendo las bases inconvencionales de una paz que si está destituida de toda consistencia lógica, jurídica y cristiana no podrá sostenerse y se desvanecerá. Sobre todo en el mensaje natalicio de 1951 desarrolla con palabra precisa y concreta la contribución de la Iglesia a la paz verdadera: "en qué no puede consistir, en qué debe y puede consistir; en qué cosa realmente consiste". Pío XII quedará como el amigo de la integración europea, de la unidad mundial y de las organizaciones y colaboración internacionales.

Un tercer aspecto ilumina la figura de Pío XII: su inexhaustible caridad durante la guerra y después de ella. Fue el Salvador de Roma por sus acertadas intervenciones con los bandos beligerantes y por sus esfuerzos en abastecerla en aquellos acriados días, a través de la Comisión Pontificia de Asistencia. Gracias en especial a los socorros enviados de los Estados Unidos no hubo aflicción y necesidad que no tratase de remediar entre los huérfanos de guerra, los prófugos, los enfermos, etc. asistencia que se volvió a repetir con ocasión de la tragedia húngara.

Una vez terminada la guerra, Su Santidad no sufrió que la Comisión Pontificia de Asistencia (POA) se disolviera, sino que la reorganizó en mayor escala, habiendo quedado definitivamente constituida el 15 de Agosto de 1953, con 7.500 sacerdotes y 104.000 seglares que patrocinan 1.817 centros sociales de todo género, servidos en total por 1.400 médicos y 2.000 enfermeros.

Con ocasión de su 80 aniversario la Academia Pontificia de las Ciencias publicó un volumen PÍO XII PONTIFICE MAXIMO en colaboración de eminentes hombres de letras y ciencia Italianos, franceses, Ingleses, españoles, alemanes, brasileños, canadienses y estadounidenses, con el fin de "dar a conocer a la posteridad la manera cómo el mundo intelectual contemporáneo ha intuido el significado de su pontificado." Distribuidas las treinta monografías por orden alfabético de autores, estudian la persona del Gran Papa, su obra en la vida interna de la Iglesia, el ejercicio del magisterio, sus relaciones con las ciencias y las artes, el Papa de la paz, de la caridad y del orden social cristiano.

Se adivina que el pontificado de Pío XII ejercerá poderoso influjo en la nueva época del mundo. La voz del pueblo lo designaba de antemano "Pastor Angélico". Su apellido aludía a la paz del cielo, el materno a la gracia y de hecho eso fue Pío XII, el Papa lleno de gracia natural y sobrenatural, de luminosidad y gracilidad que parece tenía algo de angélico, que no se preocupó sino de actuar en la tierra el mensaje de los ángeles: "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad".